

CAPITULO XVIII

LOS DEPORTADOS Á FRANCIA

EN una noche oscura y lluviosa del mes de Agosto dos jóvenes montados en malos caballos, llegaron empapados á un pueblecillo llamado el Tule distante tres leguas de Oaxaca, se detuvieron en la placita, echaron pié á tierra y dijo uno de ellos:

—Es imposible seguir adelante: ni estos animales ni nosotros podemos caminar más.

—Lo que me extraña, Ramón, es que nadie nos haya marcado el ¿quién vive? como en todos los demás puntos que hemos venido atravesando en nuestra larga caminata.

—Solo falta que estemos en país enemigo.

—No lo creo. Los informes que hemos venido recogiendo son unánimes en cuanto á que el general Porfirio Diaz domina en todo el Estado de Oaxaca, así como lo obedecen también Chiapas y Tabasco.

—Es verdad, y tanto más cuanto que debemos estar muy cerca de la misma capital de Oaxaca.

—Por eso precisamente no hay fuerzas aquí, pero debe haber algunas autoridades. Preguntaremos.

—Vamos preguntando, Ernesto.

Ambos jóvenes estiraron sus caballos, que ya no querían andar, de las bridas, y se encaminaron á la tienda de la esquina que estaba mal alumbrada y poco concurrida.

Ernesto, después de comprar una cajetilla de cigarrillos, preguntó al dependiente:

—¿Tendría usted la bondad de indicarnos en dónde podríamos ver al señor alcalde?

—El alcalde soy yo, contestó un hombrecillo que estaba sentado en una banca fuera del mostrador, levantándose.

—Nosotros, le dijo luego el joven, somos dos oficiales que regresamos de Francia, vamos á incorporarnos con el general Diaz y no pudiendo continuar á Oaxaca por el estado en que se encuentran nuestras monturas, deseamos encontrar aquí un alojamiento por esta noche.

—Aquí no hay alojamientos, pero puedo llevarme los á mi casa, si gustan.

—Mucho sentimos dar á usted esta molestia; pero ya ve como estamos. . . . y la necesidad. . . .

De buena ó de mala gana el alcalde salió de la tienda y les dijo que lo siguieran.

—¿No hay aquí ninguna fuerza? le preguntó Ernesto en el camino.

—Hay un capitán Morales que anda reclutando gente; pero le ha cogido quien sabe donde la noche y no ha regresado. Yo le tengo pasturas preparadas para veinte caballos.

—Nos agradaría verle, dijo Ramón.

—Si no viene esta noche, lo tendremos aquí mañana temprano.

Llegaron á la casa del alcalde: su familia, acostumbrada seguramente á esta clase de visitas imprevistas, acogió gustosa á los huéspedes y bien pronto tuvieron estos no solo algunas ropas secas para cambiarse, sino algo de cena, que si no era muy abundante, se ofrecía de buena voluntad y les venía de perlas á los viajeros, que desde las once de la mañana no probaban bocado. Por supuesto que sus rociantes fueron puestos en la caballeriza y atendidos con buen forrage.

Estaban en la mesa comenzando ya á dar ensanche á su natural locuacidad, cuando se oyó un tropel de caballos.

—Ya tenemos aquí al capitán Morales, dijo el alcalde.

Y abriendo la ventana en el momento en que el capitán y su gente echaban pie á tierra á pocos pasos, se dirigió á aquel preguntándole:

—Viene usted, capitán, á cenar con nosotros?

—Sí, don Atilano: solo acomodo á mi gente en cinco minutos.

—Deje al sargento que lo haga y véngase: aquí lo esperan unos señores oficiales.

El capitán, movido por la curiosidad ó por el hambre, hizo lo que le aconsejó el Alcalde: dejó la tropa al cuidado del sargento y entró seguido de su asistente á la sala, llevando este último en una mano una botella y en la otra una gallina ya cocida.

—Aquí le traigo, amigo don Atilano, algo que au

mentar á la cena. Buenas noches, señores, dijo el capitán Morales tendiendo la diestra á nuestros jóvenes que se habían levantado.

En pocas palabras lo pusieron estos al corriente de su situación, y él, ocupando un asiento frente á ellos, con toda llaneza les dijo:

—Pues antes que todo vamos echando un trago para celebrar nuestro conocimiento.

La botella era de cognac. Se acercaron vasos porque no había copas, se repartió en ellos una buena parte del contenido de aquella é hicieron el brindis propuesto por el capitán.

Una hija del alcalde se apoderó de la gallina y la llevó á calentar, mientras que los cuatro hombres rodeados de la mesa coja, se pusieron á cenar lo que había, con el mejor apetito.

—Y ahora que ya está satisfecha la necesidad, que bien se conoce que todos la teníamos, dijo el capitán, cuéntenos ustedes sus aventuras, pues son los primeros oficiales que llegan de los deportados á Francia, al menos que yo sepa.

Ernesto fué el que tomó la palabra y comenzó así su relación:

—Ustedes saben que el sitio de Puebla duró sesenta y dos días: que á la una de la mañana del 17 de Mayo de 1863 el general Conzalez Ortega mandó destruir el armamento, echar al agua el poco parque que quedaba, avisando á Forey que estaba á su disposición la plaza y que los jefes y oficiales quedaban esperando su suerte en el Palacio de Gobierno. El ejército mexicano había constado de más de veinte mil hombres; pero cuando fué disuelto no llegaba ni á

catorce mil por las bajas sufridas y porque había salido antes la caballería, en número de tres mil dragones. Debían ser mil doscientos los jefes y oficiales mandados reunir en el palacio; pero muchos se ocultaron y solo se presentaron llevando sus espadas unos ochocientos. Ramón y yo habíamos sido heridos y nos encontrábamos en el hospital, pero aunque no sanábamos todavía y yo particularmente sufría bastante, del modo más brutal se nos dió de alta y se nos obligó á incorporarnos á los demás oficiales que poco después de ocupada la plaza salieron pié á tierra para ser embarcados en Veracruz. En el camino, y más aún en Orizaba, se evadieron en gran cantidad muchos jefes y oficiales, y hasta el mismo general en jefe, favorecidos por sus relaciones ó por su audacia. . . .

—¿Y ustedes por qué no se fugaron también? preguntó Morales.

—Yo tenía que cuidar á Ernesto, que seguía enfermo, contestó Ramón, y además con nosotros no sé por qué motivo, era más estricta la vigilancia. Varias veces lo intentamos después, pero con mala suerte, dificultándose más nuestra evasión porque se nos llevaba amarrados con las correas de los fusiles.

—El 9 de Junio, continuó Ernesto, llegamos á Veracruz, y yo aunque débil, estaba restablecido de mis heridas. En ese puerto el cónsul francés, que vió indignado las atenciones de que fuimos objeto por parte de la sociedad, se opuso á que se nos socorriera con ropas, estando, las que llevábamos puestas, bastante destrozadas. Nosotros, Ramón y yo, teníamos todo lo necesario cuando salimos del hospital,

pero nuestros equipajes fueron pillados. Cuando en la tarde fuimos llevados á la fragata "Céres" no llevábamos entre los dos más que una docena de pesos en los bolsillos y ni una pieza de ropa para cambiarnos, ni siquiera un pañuelo se nos dejó comprar, de manera que al ser todos acomodados en el sucio buque de vela parecíamos simples animales, pues cada cual no teníamos más que nuestra persona.

—¡Qué bárbaros franceses! exclamó la hija mayor del alcalde.

—Creíamos que no podía haber trabajos ni molestias superiores á los que habíamos pasado desde Puebla hasta la estación del ferrocarril del tramo que había construido cerca del puerto, pues nos devoraban el calor, los mosquitos, el cansancio y muchas veces el hambre; pero en el buque fué todavía peor por la apretura en que estábamos, por el gran número de oficiales mareados, por la hediondez insoporable que había y por lo pésimo de los alimentos que se nos suministraban, compuestos de galletas duras, cecina oliscada y patatas cocidas apestosas á humedad de caño. Los jefes superiores iban embarcados en el vapor "Darien" y desde luego los consideramos muy bien tratados; pero el 23 de Junio en que se nos traspordó á su buque vimos que no llevaban tampoco vida de príncipes. Nuestra navegación por lo demás fué feliz, conformándonos mutuamente de la inmensa pena que nos causaba, no ya el destierro á que habíamos sido condenados, sino el no poder combatir por nuestra patria, cuya independencia quedaba amenazada. Saltamos á tierra en el puerto D'Orient, y más que un cuerpo de oficiales parecíamos una le-

gión de diablos ó de limosneros. ¡Vergüenza me dió ante los curiosos que se amontonaron en el muelle para vernos desembarcar!

—¿Y estaban alegres los franceses del puerto? preguntó el alcalde.

—Ni allí ni en las otras poblaciones que tocamos hizo el pueblo francés la menor demostración de alegría, pues que con su buen sentido reprobaba la gran injusticia que estaba haciendo con los mexicanos Napoleón III. Al principio se nos vió con curiosidad, en algunos lugares con interés ó con indiferencia, pero nunca con odio ni como á verdaderos enemigos, oyéndose de cuando en cuando entre las mujeres exclamaciones de lástima.

—¿Y cuántos llegaron de ustedes á Francia? preguntó á su vez el capitán Morales.

—Si no me es infiel la memoria, se compuso nuestro convoy de trece generales, veintiseis coroneles, treinta tenientes coroneles, cincuenta comandantes, ciento veintiocho capitanes, ciento treinta y ocho tenientes y ciento veintisiete subtenientes, por todos unos 512 individuos.

—¿De manera que como 700 jefes y oficiales fueron los que lograron quedarse en México?

—Ya lo he dicho: unos cuatrocientos se ocultaron en Puebla y más de trescientos se evadieron desde esa ciudad hasta Veracruz.

Ernesto dió un sorbo de vino y continuó así:

—Bajamos á tierra ya con una custodia menos estricta, se nos formó, se nos pasó lista y se nos exigió á cada uno nuestra palabra de honor de que no habíamos de separarnos para nada de los lugares á que

íbamos á ser confinados. Esa fué la hora triste para nosotros, la de nuestra separación. Formábamos una familia y esta familia fué dividida en varios grupos. Pedí con las lágrimas en los ojos que dejaran ir conmigo á Ramón, que es como mi hermano; pero todo fué inútil: la orden de la separación por clases era superior y tenía que cumplirse. Yo fuí llevado con los coroneles y tenientes coroneles á Tours, y Ramón con otros capitanes y tenientes fué conducido á Blois. No hay palabras para explicar la inmensa amargura que entonces sufrimos: parecía como que éramos condenados á nuevo destierro. Todos hubiéramos preferido quedarnos en una tumba en México á vivir en tierra extranjera, en la tierra de los que estaban matando á nuestros hermanos y extendiendo su dominación en nuestra patria. Después de los trabajos de nuestra travesía nos iba á llegar bien pronto el dolor de las más terribles humillaciones. Se nos había permitido conservar nuestras espadas como una muestra de consideración que no habíamos solicitado y por la cual estábamos reconocidos: las llevábamos al cinto con orgullo, aunque estuviéramos vestidos con andrajos, porque nos imprimían carácter aunque de nada nos sirvieran. El día 1º de Agosto se nos comunicó la orden de que no debíamos usarlas y muchos las hicimos pedazos. Se nos ministraron por el tesoro francés cien francos mensuales á los oficiales de comandante abajo y tuvimos que recibirlos solo para no morirnos de hambre; pero siendo insuficiente esa cantidad para vivir aun con miserias. Los que estábamos en Tours arreglamos nuestro alojamiento y los gastos de nuestra subsistencia con la mayor

economía; pero ni así nos alcanzaban aquellos miserables veinte pesos. Poco á poco fueron acabándose las pocas prendas de vestuario que llevábamos y entonces para podernos cubrir aun con el paño más burdo, teníamos que dejar de comer cuando menos dos veces por semana, porque todo se nos vendía á nosotros más caro que á los vecinos de la ciudad. Algunos logramos relacionarnos con familias que también eran pobres y entre las que muy pocas había que pudieran servirnos con sus recursos; pero sí contribuyeron á hacer nuestra expatriación menos amarga. . . . No teníamos noticias de México y las pocas que se nos daban eran desgarradoras: los asesinatos de Comonfort, La Llave y otros jefes: las derrotas constantes de los nuestros por todas partes: la sumisión de los Estados de la República, la lamentable huida del Presidente al extranjero. . . .

—Pero don Benito Juárez no ha llegado á salir del país, exclamó Morales como buen oaxaqueño.

—A nosotros se nos aseguró que se había refugiado en los Estados Unidos; y nunca, nunca, se nos dió allá una buena noticia.

—También es verdad que hasta ahora todas han sido desgracias y calamidades. Ya veremos más adelante.

—¿Para qué es referir á ustedes nuestros diarios padecimientos en el destierro? Ya deben imaginárselos, una vez que el mayor de todos, el que más nos afligía, el que hizo morir á algunos de tristeza, era el de estar ausentes de nuestra patria comiendo el pan debido á la caridad del gobierno francés. Este tenía que cansarse de ser en cierto modo generoso

con nosotros y llegó el día 1º de Mayo en que se nos dió aviso de que ya solo por un mes se nos daría la limosna si nó firmábamos una completa sumisión al imperio. Nadie quiso firmar de pronto: muchos firmaron después obligados por la necesidad. Sabíamos que había aceptado Maximiliano la corona de emperador de México, que había pactado con Napoleón nuestra libertad y esto nos llenaba de indignación á la vez que vino á empeorar las circunstancias de todos los prisioneros, pues que solo tendrían recursos para volver á la patria los que quisieran servir al imperio. En vísperas de que llegara la amenaza de que se reduciría á prisión á los que se quedaran en territorio francés, nos reunimos Ramón y yo y nos pusimos en camino para España con el poco dinero que de común acuerdo habíamos guardado para un caso extremo como el que se nos ofrecía. Ya estábamos en salvo y en país amigo cuando recibí los recursos que me envió mi santa madre, nos embarcamos en Santander para Nueva York, nos orientamos allí sobre la situación que guardaba México, tomamos pasaje en un pailebot que se hacía á la vela para las costas veracruzanas, el capitán nos ofreció ponernos en salvo en Goatzacoalcos ó en cualquier otro punto del litoral en que no hubiera enemigo; saltamos á tierra hace ocho días, compramos esos malos caballos y esas malas sillas que traemos y no sin sufrir algunos sustos en el camino que hemos recorrido pues más de una vez hemos estado á punto de caer en manos de los traidores, que nos hubieran colgado, estamos ya entre los nuestros, dispuestos á seguir combatiendo por la independencia de México.